

- 2 -

Guerrero cazó a Paco

Nono Domingo
Periodista

Es sorprendente y emocionante escuchar a Joan Guerrero el relato que hace de los últimos años de Antonio Machado y su amada Leonor Izquierdo. «Antonio volvió de París con Leonor ya enferma de tuberculosis», explica Joan. Y prosigue: «se instalaron en la parte más alta de Soria por aquello del aire seco. Antonio le construyó una silla con ruedas para poder bajarla a la ribera del río y dar paseos mientras le recitaba sus versos. De vez en cuando, Antonio giraba la cabeza, mirando hacia otro lado, para que Leonor no le viera llorar». Y remata Joan: «es la fotografía que me hubiera gustado hacer. Es una sublimación del amor y la belleza de la poesía».

Joan Guerrero nació para la fotografía cuando, siendo un niño cogió una caja de cerrillas, le hizo una abertura cuadrada y le ató un cordel. Acto seguido se la colgó del hombro y en la playa de Los Lances de Tarifa quiso fotografiar el viento. «Enseguida comprendí que era imposible. Pero seguí imaginando, jugando a piratas en un barco varado cerca de la orilla». Eso ocurría en la década de los años cuarenta del siglo pasado. Hoy vas a un buscador de internet, filtras por *Joan Guerrero fotógrafo* y te salen 250.000 referencias.

El trayecto de Juan, un niño en la playa de Los Lances hasta el *Joan Guerrero* de Google no tiene una sola explicación. Es más bien producto, como en cualquier oficio, de varias capas, de etapas, de la suma de experiencias. Cada cuál es libre de aprovechar la vida como mejor le parezca. En el caso de Joan Guerrero, en lo que atañe a su oficio

de fotoperiodista, lo que le ha convertido en un referente es su mirada limpia, honesta, comprometida con la vida que le ha tocado lidiar.

En 1969 comenzó a colaborar en la revista barcelonesa *Gramma*, donde lo primero que hizo no fueron fotos, sino artículos. Escribía sobre cine que, junto a la poesía, es otra de sus grandes pasiones. No hay más que escucharle sobre Bergman, Welles o De Sica. En su fotografía se nota la influencia de las películas que pudo ver en aquella España de la posguerra, con el *Nuevo cine francés*, o el *Neorrealismo italiano* que tan bien resume *Ladrón de Bicicletas*. Buñuel dejó su poso con *Los olvidados* y eso que Joan denomina poesía amarga. Aunque ninguna como *Los 400 Golpes* de François Truffaut. «Ese final -dice Joan-, cuando lo vi dije: ¡qué maravilla! Un final que quedaba tan abierto, tan inmenso. Me impactó».

Se le nota la influencia del «nuevo cine francés» y el «neorrealismo italiano»



Joan Guerrero pronunciando una conferencia en La Habana. En la pizarra un dibujo del Estrecho para indicar donde había nacido.

Con ese bagaje visual llegó a Barcelona en busca de un futuro mejor en el mítico tren *El Sevillano*. Tenía 24 años. Al poco tiempo, con los ahorrillos de los primeros trabajos, toma otra decisión clave: irse a vivir a un pisito en Santa Coloma de Gramanet. Hoy el nombre de esta localidad, enclavada en el conocido como *cinturón industrial* de Barcelona, evoca, al menos en el inconsciente colectivo de Cataluña, a Andalucía. Y así fue durante muchos años. Hasta los Juegos Olímpicos del 92. A partir de entonces, Barcelona cambió. Y también Santa Coloma. Y al igual que ocurriera en la llegada de Joan, volvió a ser lugar de acogida de la nueva inmigración. De una y de otra se ocupó la cámara de Joan Guerrero.

La inmigración, como tema fotográfico, ha sido uno de sus preferidos. La Santa Coloma de la ilusión por el primer pisito en el que reagrupar a la familia andaluza le descubrió, con suma facilidad, la amargura de las barracas, el hambre y la pobreza en algunas barriadas, las más deprimidas del municipio. «En aquella época -relata Joan- los



Portada del libro *En Tierra Amiga* de Joan Guerrero, 1999.

que tenían una cámara de fotos eran, normalmente, hijos de familias pudientes de Barcelona a los que, por supuesto, no se les ocurría hacer fotos en esas zonas. En mi caso, con los ahorros de mis primeros trabajos como peón de carretera o empleado de una fundición, conseguí comprar una cámara. Y tuve la suerte de tener un acceso privilegiado a una verdad que había que contar».

Joan Guerrero dice, con guasa andaluza, que los responsables de los periódicos para los que ha trabajado en sus cuarenta años de oficio no le enviaron a coberturas más allá de Mataró. Y lleva razón. Todos sus trabajos para *El Observador*, *Diari de Catalunya*, *El País* y *El Periódico* se han desarrollado, fundamentalmente, en Barcelona y su provincia. Y es por eso que no se puede entender la historia de Santa Coloma sin su trabajo del chabolismo de la inmigración procedente del sur del país; o de la Ciudad Condal sin sus imágenes de *El Raval*, *Somorrostro* o *La Mina*, donde logró plasmar la realidad del lumpen urbano. Son el contraste de una ciudad que, culturalmente, se rendía entonces a la sofisticada *gauche divine*, la de los barrios altos y el *suquet* en la Costa Brava. Barcelona, puerta a Europa, a la libertad, a la modernidad.



Homenaje a Samuel Aranda.

Con la llegada de la democracia, Joan Guerrero siguió ejerciendo de notario visual de las transformaciones de su entorno. Como cuando, siendo un niño, se empeñaba en capturar el viento con una caja de cerillas. Gracias a las vueltas de la vida, ya jubilado, Joan recibió el encargo de retratar cómo ha cambiado el paisaje humano de Barcelona y su *cinturón industrial* con la llegada de nuevos migrantes africanos, sudamericanos o asiáticos. *Barcelona, la construcción de una ciudad*, *En Tierra Amiga* o *Milagro en Barcelona* son trabajos que resumen bien lo que digo. Aunque nunca se lo he preguntado, estoy seguro de que Joan acogió ese encargo, con siete décadas vividas a sus espaldas, como un gran reconocimiento de los de su *tribu*, la de los *gráficos*. Porque eso era el conjunto de personas que en los años 70 y 80 del siglo XX se dedicaron al periodismo gráfico, al fotoperiodismo. Una tribu no excesivamente numerosa que, gracias a la falta de medios, toneladas de ilusión y pequeñas dosis de ingenio convirtieron el oficio en una excelente herramienta para crear eso que llamamos *conciencia social*.

La inmigración, como tema fotográfico, ha sido uno de los preferidos de Joan Guerrero

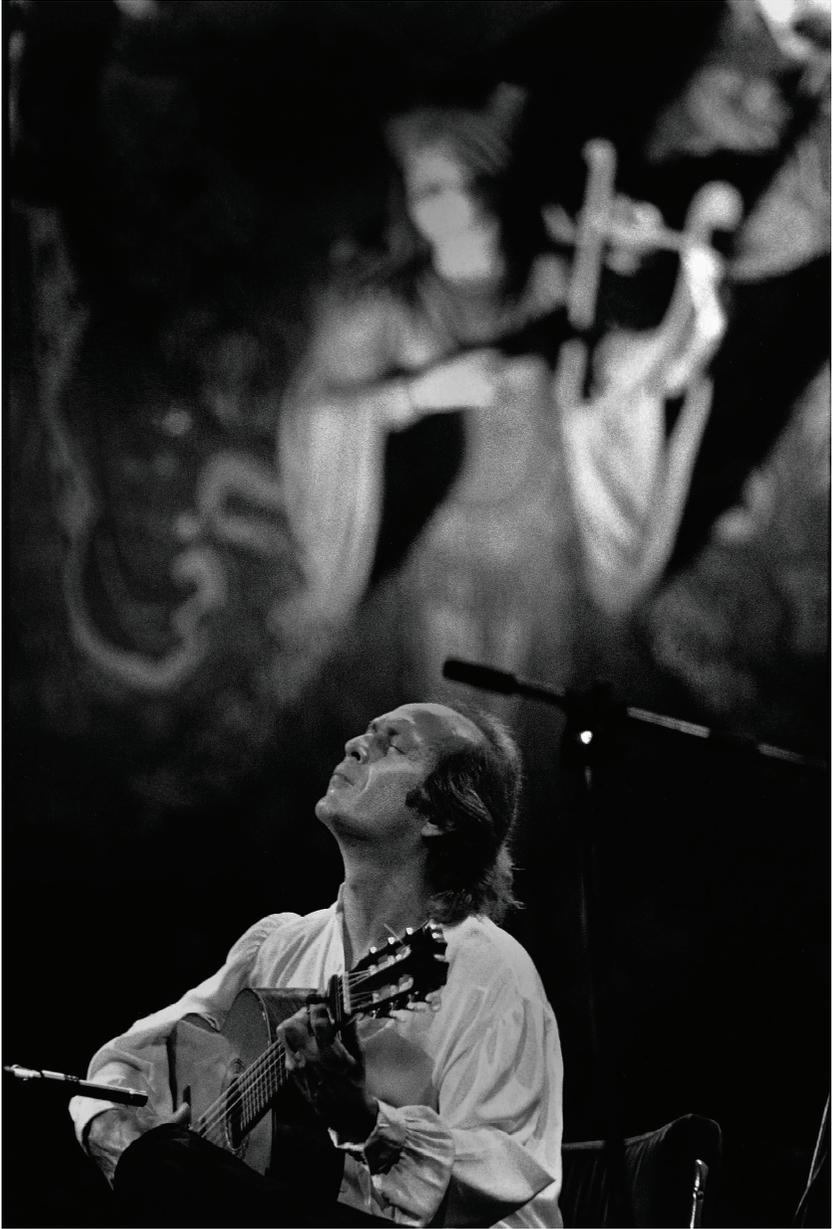
En 2011 el *New York Times* publicó un reportaje sobre la guerra civil que se vivía en Yemen. Las fotografías las firmaba Samuel Aranda, un joven y reputado especialista en conflictos bélicos y movimientos migratorios. La principal era la imagen de una mujer vestida con un nicab negro, enfermera a juzgar por sus guantes de látex blanco, abrazando y consolando a un joven herido, al que acogía en su regazo. Todo ocurría en el interior de una mezquita y era un excelente ejemplo de los estragos de ésa y de cualquier guerra. Una imagen icónica, por utilizar el argot. Samuel Aranda, nacido en Santa Coloma de Gramanet, estaba, seis o siete años antes de realizar esa foto en Yemen, empezando en el fotoperiodismo en Barcelona. Un día, junto a un compañero más veterano, entró en una gigantesca nave industrial abandonada y vio a un joven magrebí calentándose la comida en un infiernillo. Soledad absoluta en un espacio inmenso y al fondo, en una de las paredes, justo

encima de la cabeza del inmigrante, una pintada con la frase «Okupados». El compañero veterano le mira y le dice: «Vamos Samuel, esta es tuya». Y Samuel le contesta: «No, esta es para usted, maestro». Ese compañero veterano era Joan Guerrero y Samuel, con el paso de unos años, acabó ganando el *World Press Photo* de 2012 con la imagen icónica de Yemen. «Cuando Samuel ganó el premio, me hizo muy feliz, es como si lo hubiera ganado yo», cuenta Joan Guerrero.

Colita, Enrique Meneses, Carlos Pérez de Siquer, Kim Manresa, Gervasio Sánchez o Chema Conesa son ejemplos de grandes fotoperiodistas españoles. En esa mesa se sienta Joan Guerrero. Al igual que ellos disfrutó de una época en la que los periódicos y publicaciones surgidos en el último tercio del siglo XX en España se convirtieron en una de las mejores aventuras para los que se querían dedicar a contar historias reales. Tiempos en los que había editores gráficos en las redacciones de la prensa escrita. Tiempos de carretes, de mensajeros para llevar el material a tiempo antes del cierre de la primera edición y de la intriga por el resultado del revelado. La edad dorada de un oficio que, lo digital, transformó en profesión. Como al periodismo en general.

Ni soy un artista, ni me gustan las fotocopias de la realidad. Lo que busco es que mis fotografías reflejen las emociones del ser humano, cualquiera que sean. No todo es maravilloso ni feliz como vende la cultura de masas actual: no debemos esconder el llanto y las lágrimas porque eso también forma parte importante de la vida. Nunca he pretendido cambiar el mundo con una fotografía; sí hermanarlo, humanizarlo. La calle es la mejor universidad para educar la mirada y en la que yo pateaba lo veía todo en blanco y negro.

He aquí, resumido en media docena de frases, el ideario de cómo Joan Guerrero entiende su oficio. Y por eso, en cuanto pudo, emprendió proyectos más personales. El trabajo del sacerdote Pedro Casaldáliga, referente de la Teología de la Liberación en América, fue uno de ellos y se plasmó, entre otros trabajos, en el libro *Los ojos de los pobres*. Otro le unió para siempre a Ecuador, de cuyos viajes han salido libros y exposiciones, siempre retratando la realidad de las poblaciones indígenas. En ambos trabajos hay una mirada especial para plasmar en imágenes el papel de las madres. Reconoce Joan Guerrero que en esos trabajos se siente muy conectado con la obra de Sebastiao Salgado. Uno



Paco de Lucía en el Palau de la Música Catalana en 1990.

«Papá, yo me quiero dedicar a la fotografía». El paso de los años ha convertido a Laura Guerrero en parte de la tribu y es habitual verla firmar en medios como *La Vanguardia*. Debe ser emocionante para alguien como Joan que relata, como si fuera hoy, uno de sus momentos de mayor felicidad. Fue cuando consiguió poder alquilar el primer pisito en Santa Coloma de Gramanet. El plan era que, una vez Joan se hubiera estabilizado laboralmente, se llevara la familia a Cataluña. «Y cuando pude ver a mis padres conmigo, la cosa cambió. Sobre todo cuando mi madre, al día siguiente de llegar, empezó a hacer un puchero. Yo recuerdo que aquel olor inundando la casa, tan lejos de Andalucía y después de tanto tiempo sin la familia me hizo inmensamente feliz». Y siendo eso así, ¿a qué es debido que decidiera cambiar lo de Juan por lo de Joan?, le hemos preguntado muchos. Él lo explica con mucho sentido común: «Soy andaluz y me siento andaluz. Pero también soy fiel a la tierra que me ha acogido».

La vida y circunstancias de Juan Guerrero, le convirtieron en Joan Guerrero para la fotografía

La vida y circunstancias de Juan Guerrero (el de la calle Colón de Tarifa, nacido el 21 de marzo, primer día de primavera de 1940 y Jueves Santo para más *inri*), le convirtieron en Joan Guerrero para la fotografía. Nunca le atrajo el trabajo en guerras. «Un día me mandaron de *El País* -recuerda Joan- a cubrir una corrida de toros. No era la primera vez, ni la segunda. Llevaba unas cuantas. Pero me dije: hasta aquí hemos llegado. Y le pedí al editor que no me mandara más, que no podía con el tema. Con los teleobjetivos se veía tanta crudeza que me temblaba el dedo. Con eso te lo digo todo».

Y luego están los personajes. Celebridades de todos los campos a las que ha tenido que retratar. De todos ellos se incluye en este volumen una fotografía inédita de Paco de Lucía tomada en el Palau de la Música de Barcelona el 2 de octubre de 1990. «Una de mis fotografías favoritas», dice Joan. Y la verdad es que Paco, en la imagen, parece que toca mientras

vuela. El instante, la mirada, el oficio, todo en uno. «Mis fotos se resumen en dos tipos: las de pescador y las de cazador. En las primeras espero paciente hasta que surge el momento inesperado. En las segundas tengo claro lo que busco, lo que me hace falta para completar una escena y cuando lo tengo, disparo». Así de sencillo. O no.

Todo esto lo van a poder comprobar en este volumen, gran idea de su promotor, Wenceslao Segura, reconocido investigador y divulgador de la historia de Tarifa y su gente ilustre. En esa tarea faltaba la trayectoria de Joan Guerrero y por fin se puede saldar la deuda. No de Wenceslao, sino de Tarifa ■